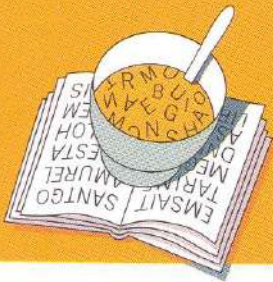


SOPA DE LIBROS

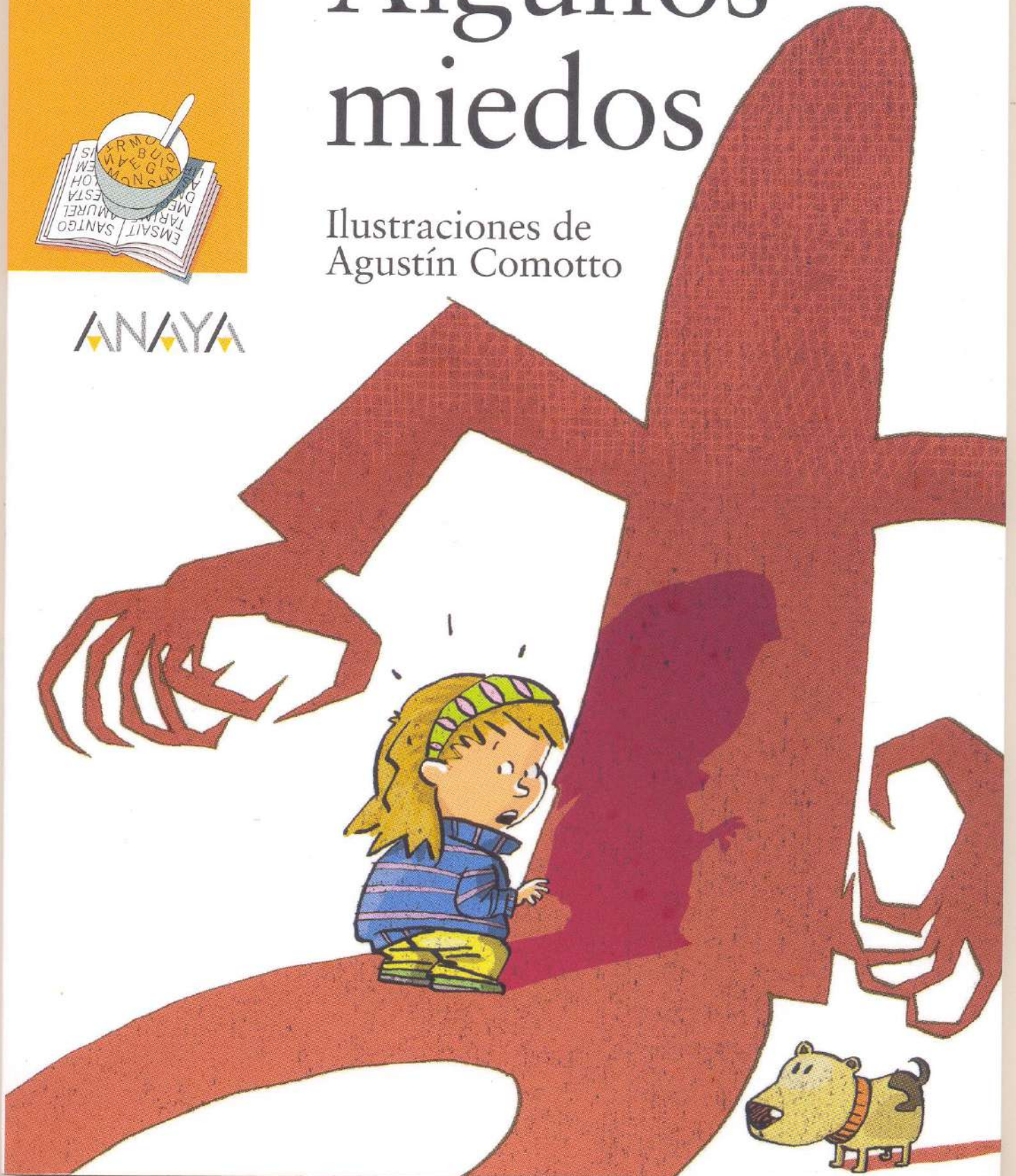
Ana María Machado

Algunos miedos

Ilustraciones de
Agustín Comotto



ANAYA



SOPA DE LIBROS

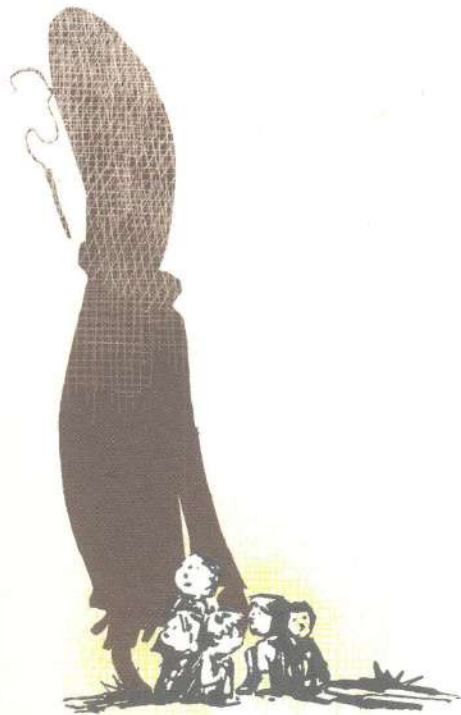
Ana María Machado

Algunos miedos

Ilustraciones
de Agustín Comotto

Traducción de Mario Merlino

ANAYA



UNA MADRE QUE TENÍA
MIEDO A LAS LAGARTIJAS



Érase una vez una madre
que tenía miedo a las lagartijas.

Por lo demás, era muy valiente:
se quedaba sola, cantaba en
la oscuridad y era capaz
de tomar la sopa caliente.



Era muy decidida:
se enfrentaba a las cucarachas,
discutía con su jefe y sabía hablar
de montones de cosas.

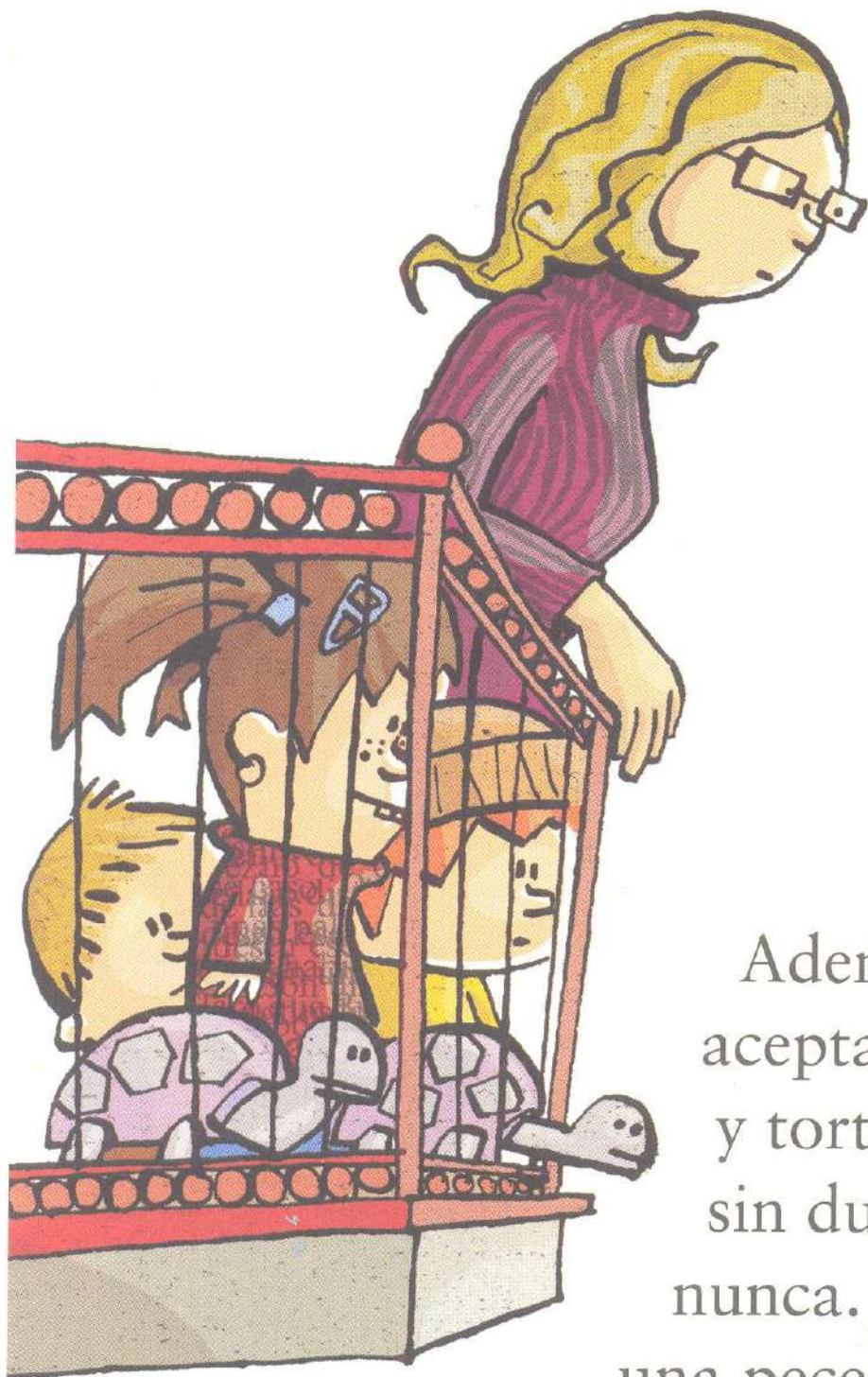
Le gustaban mucho
los animales con plumas
y los animales con pelo.

Sus hijos podían
tener perros, gatos,
conejos, periquitos,
petirrojos, canarios,
conejillos de indias.

No le molestaba
si los reunían a todos
al mismo tiempo,
incluso lo apoyaba.

Más aún; también
los inventaba.





Además,
aceptaba peces
y tortugas
sin dudarlo
nunca. Y tenía
una pecera redonda
con peces muy rojos y un balcón
rojo con tortugas redondas.

Si sus hijos descubrían monos
con alas, ella dejaba que volasen
en la sala.



Si para una vaca encontrasen un lugar, no sería ella la primera en protestar.

Y si para un caballo tuviesen un campo raso, los chicos le

darían de comer en cualquier caso, y ella lo seguiría paso a paso. Pero, ¿sapos?, ¿lombrices?, ¿ranas?, y... ¿camaleones?

De ellos, no quería saber nada. Unas veces se escondía

12 y otras no se daba por enterada.

—Mamá, ¿qué te ocurre? ¡Son animales muy bonitos y no hacen nada! ¡Míralos! —le explicaban sus hijos.

¿Esos pequeños lagartos que tomaban el sol, tumbados en las piedras? Ella los miraba, pero no le gustaban.

—Mamá, ¡es un bichito que a nadie molesta, no seas boba!

Pero en esos casos era boba. Tan boba que, cuando iban a



la playa,
caminando
por el bosque,
iba pisando fuerte
y hablando en voz alta;
hacía ruido para asustar
a los pequeños lagartos,
que salían corriendo, muertos
de miedo por culpa de esa
mujer tan grande y alborotadora.

13

Pero ella, entre todos
los bichos, a los que más miedo
tenía era a las lagartijas:

—¡Las lagartijas son
un peligro dentro de casa!
¡Nos pueden atacar en cualquier
instante!

—¿Atacar, mamá? Pero,
¿qué dices? —se reía Antonio.

—Mamá. Mira aquella lagartija, qué graciosa es. Está allí arriba, en la pared —le mostraba Juan.

—Sí que lo es, blanquita y transparente, con la cabeza levantada. Parece una cría de



yacaré —decía Luisa. No servía de nada, no le gustaba.

Un día, decidieron gastarle una broma.

A la salida del colegio, había un vendedor de caramelos, cohetes, pirulí y juguetes.



Los juguetes eran muy divertidos:
cucarachas y arañas de plástico,
lagartijas de mentirijillas.

Compraron dos lagartijas
y se las llevaron a casa.

Pusieron una en un cajón,
y la otra en el estante que
estaba al lado.

16

Cuando su madre llegó
del trabajo y fue a cambiarse
de ropa, se dio un susto
tremendo.

Primero, fue un susto:

—¡Ay! ¡Socorro! ¡Antonio!
¡Luisa! ¡Juan!

Después, fueron dos sustos:

—¡Deprisa! ¡Venid todos aquí!
Los niños acudieron volando.
Y vieron a su madre temblando.

—¡Había una lagartija
horrorosa! ¡Subió por mi brazo
y corrió hacia el cajón! Y hay
otra tremenda en el estante...
¡Por el amor de Dios, llevaos
a esos animales horribles,
que no los puedo ni ver!

17

Los niños se miraron mientras
ella salía:

—¿Las lagartijas de juguete
suben por el brazo?

—¿Habrá tal vez alguna
de verdad?

Miraron con más atención.
No había ninguna de verdad.
Solo estaban las de juguete.
¡Y su madre con tanto miedo!
¡Qué madre tan liosa! Y, para
colmo, fantasiosa...